

Educación en el asombro

Catherine L'Ecuyer

Plataforma
Actual

«Una de las voces
más respetadas en el
mundo de la educación
en España.»

Actualidad Docente

21^a
edición
actualizada

¿Cómo educar en un mundo
frenético e hiperexigente?

Educación en el asombro

¿Cómo educar en un mundo
frenético e hiperexigente?

Catherine L'Ecuyer

Primera edición en esta colección: octubre de 2012
Vigesimoprimera edición actualizada: septiembre de 2017
Primera edición digital: septiembre de 2017

© Catherine L'Ecuyer, 2012
© del prólogo, Santiago Álvarez de Mon, 2012
© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2012

Plataforma Editorial
c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª – 08021 Barcelona
Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14
www.plataformaeditorial.com
info@plataformaeditorial.com

ISBN: 978-84-15750-84-0

Diseño de cubierta:
Lucía Casado

Fotocomposición:
Grafime

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

*Para Alicia, la cazadora de mariposas.
Para Gabriel, que acerca las hojas de papel a las tijeretas.
Para Nicolas, el cazador de avispones.
Para Juliette... quién sabe qué...
Y para ti, Domingo, que me transmitiste esta sensibilidad
por educar en el asombro, dando sentido a lo que
considero ahora como el mejor trabajo del mundo, ser
madre.*

«Cuando muy niños, no necesitamos cuentos de hadas, sino simplemente cuentos. La vida es de por sí bastante interesante. A un niño de siete años puede emocionarle que Perico, al abrir la puerta, se encuentre con un dragón; pero a un niño de tres años le emociona ya bastante que Perico abra la puerta.»

G. K. CHESTERTON

Índice |

Prólogo

*Introducción Niños... ¿quietos? Adolescentes...
¿motivados?*

I. ¿Qué es el asombro?

1. Mamá, ¿por qué no llueve hacia arriba?
2. El aprendizaje se origina... ¿desde fuera o desde dentro?
3. Las consecuencias de la sobreestimulación
4. Las consecuencias sociales del modelo mecanicista
5. Educar *versus* inculcar

II. ¿Cómo educar en el asombro?

6. Libertad interior: el caos controlado del juego libre
7. ¿Tenerlo todo? Establecer y hacer respetar los límites
8. La naturaleza
9. El respeto por sus ritmos

10. La hipereducación: la generación *Baby Einstein*

11. La reducción de la infancia

12. El silencio

13. Humanizar la rutina: el mismo cuento por enésima vez...

14. El sentido del misterio

15. La Belleza

16. El feísmo

17. El papel de la cultura

Conclusión

Una pared de ladrillos o un mosaico hermoso

El ciudadano invisible

Bibliografía

Agradecimientos

Prólogo |

«Los niños no son el futuro porque algún día vayan a ser mayores, sino porque la humanidad se va a aproximar cada vez más al niño, porque la infancia es la imagen del futuro.» La autora del libro que tiene en sus manos ha tenido el acierto de recoger literalmente esta cita de Milan Kundera sobre la infancia. Muchos años después de la misma sinceramente no sé si los adultos nos hemos aproximado a los niños, o les hemos robado su infancia y frescura precipitándolos imprudentemente en la volcánica y consumista adolescencia. Pareciera como si los tiempos actuales no estuvieran cómodos con lo característico y distintivo de la infancia. Torpes, hiperactivos y confundidos, la magia e imaginación de los más pequeños nos desarbola, de ahí la tentación de ajustarlos a nuestras razones y prioridades. Como también recoge fielmente Catherine L'Ecuyer, ya advertía seriamente Carl Jung: «Todos nacemos originales y morimos copias». La estandarización y vulgarización es una siniestra tentación a la que se entregan las sociedades menos cultivadas. En ese reduccionismo pasamos de la singularidad del individuo a la previsibilidad de la masa, de su libertad y responsabilidad personales, binomio crucial, a la dilución de su identidad en el colectivismo tribal.

La educación es el argumento central de *Educación en el asombro*. Con sensibilidad pedagógica y sentido de la oportunidad, Catherine L'Ecuyer entra en un asunto delicado y decisivo con coraje y honestidad. Ningún lector bien intencionado le podrá reprochar que se esconde en un conjunto estéril de lugares comunes. Desde el arranque de su texto, preocupada ante el progresivo deterioro de la cuestión educativa, propone el asombro como inexcusable punto de partida de un aprendizaje profundo, exigente, consistente y lúdico. Apoyada en pensadores y pedagogos de prestigio, reivindica que la educación es un viaje desde el interior de la persona hacia el exterior de su entorno, aventura maravillosa en la que los docentes tienen el rol de meros facilitadores. En lugar de inculcar sus conocimientos y teorías, de adoctrinar, deben ser estímulos potentes del motor interior de los niños. Inherente a ellos es observar, preguntar, escuchar, probar, decidir, hacer, actuar, errar, aprender, repetir, corregir, levantarse, los pasos y fases que en nuestras primeras correrías dábamos con naturalidad y confianza. Desde una observación limpia y aséptica, sin pantallas mentales e ideológicas que distorsionen la realidad, el asombro es el padre imprescindible, y la duda, la madre discreta que lo acompaña. Esto explica la importancia del misterio en la vida de los niños, en su desarrollo y aprendizaje. «El misterio es la cosa más bonita que podemos experimentar. Es la fuente de todo arte y ciencia verdaderos.» Palabras de Einstein con las que la autora se acompaña. Nótese que un científico tan cualificado y excepcional habla de arte. Esto ayuda a entender y calibrar el significado de su siguiente afirmación: «La mente intuitiva

es un regalo sagrado y la mente racional es un fiel sirviente. Hemos creado una sociedad que rinde honores al sirviente y ha olvidado el regalo». El orden de los factores altera el resultado final, y mucho me temo que es peor.

¿Qué es la intuición? ¿Dónde vive? ¿Cómo surge? ¿Qué la precede? ¿Pensamiento, estudio, trabajo, repetición, perseverancia, entrenamiento, voluntad, análisis? Desandado ese inevitable camino, ¿cuándo y por qué tenemos esa ocurrencia? ¿Cuándo nuestra mente accede a sus dimensiones más sublimes e inefables? La autora, consciente de la alergia de esta sociedad a formularse cuestiones incisivas, denuncia el trato de la educación moderna en la obtención de respuestas plausibles. La dictadura de la cantidad de información sobre su calidad, la banalización y fugacidad de las relaciones, la tiranía de la Red hasta en las cuestiones más íntimas, la escasez de un tiempo proclive al encuentro, la pérdida de espacio intelectual, emocional y moral, la ausencia de un silencio reparador, son algunos de los factores que Catherine L'Ecuyer reprueba en nuestros días.

En su valiente diagnóstico del momento presente, en su rescate de una infancia sometida a la burrancia de sus mayores, solicita un tiempo de calidad donde jugar y disfrutar sean determinantes. Viendo la agenda de algunos niños, parecen ejecutivos estresados y desorientados, almas atormentadas en las que la concentración, la curiosidad y el interés se retiran asustados en plena vorágine digital. Por este motivo la autora confiere al asombro una función crucial en el proceso de convertirse en persona cabal, libre e independiente. Libro incómodo y oportuno, se agradece su

presencia en estanterías más dadas a la superficialidad y el convencionalismo.

SANTIAGO ÁLVAREZ DE MON

Profesor del IESE y autor de *Aprender de la pérdida* y *Con ganas, ganas*, entre otros libros.

Introducción | *Niños... ¿quietos?* *Adolescentes... ¿motivados?*

«¡Motívame, por favor!», pide desesperadamente Elisa a su profesora de bachillerato. «Estoy aburrida, mamá, no me apetece hacer nada», se queja Elisa recién llegada del cole, mientras hace zapping con la mirada perdida, apáticamente tumbada en el sofá del comedor.

Los padres y los claustros de profesores de colegios y de universidades dedican cada vez más tiempo a responder a la gran pregunta: ¿qué podemos hacer para motivar a nuestros hijos, a nuestro alumnado? En casa, adquirimos el último arsenal para tenerles divertidos: juegos de consolas, ordenadores, tabletas, *smartphones*, televisores en su habitación, DVD en el coche... En el colegio, en la universidad, todos los medios valen para divertir a la clientela estudiantil: PowerPoint, Flipped Classroom, pantalla digital, tabletas... Quizá falte poco para que los colegios y las universidades pidan como requisito imprescindible para la contra-

tación de profesores destreza en el baile o en el canto para añadir «vidilla» a sus clases.

Como dice Neil Postman, «los educadores, desde la primaria hasta la universidad, están aumentando el estímulo visual en sus lecciones; reducen el volumen de explicaciones a las que sus alumnos deben atender; confían menos en la lectura y en los trabajos escritos; y, de mala gana, están llegando a la conclusión de que el principal medio para conseguir el interés de los estudiantes es el entretenimiento» (*Divertirse hasta morir*). Es la era del espectáculo, por lo que, a veces, parece que educadores y padres pertenezcamos más al sector del entretenimiento que al de la educación.

¿Y por qué? A primera vista constatamos que el tiempo de concentración y de atención de nuestros hijos es cada vez más corto. A menudo encontramos la causa de estos problemas en el cada vez más común diagnóstico de trastorno de hiperactividad y déficit de atención (TDAH), una de las primeras causas de consultas por trastorno psicológico hoy en día. Curiosamente, las causas y las soluciones que se aportan al TDAH han sido objeto de mucho debate desde la década de 1970; el TDAH es uno de los trastornos más controvertidos. En Estados Unidos, los casos de TDAH se han multiplicado por diez en un periodo de veinte años y según el Departamento de Salud y Servicios Sociales norteamericano, el efecto genético explica solo una pequeña parte del trastorno, lo que atribuiría a los factores no genéticos un papel importante.¹ Hasta ahora, la ciencia no ha podido dar una explicación exhaustiva convincente del origen del TDAH, y el debate sigue abierto.

Por otro lado, las abuelas constatan que los niños de más de tres o cuatro años «no son como los niños de antes». No sé cómo eran los niños de antes, pero me acuerdo de que los niños de mi generación no nos subíamos por las paredes como la gran mayoría de los niños de hoy en día. Éramos capaces de aguantarnos delante de un plato de chokolinas hasta que nos daban luz verde para comer, sabíamos estar quietos en las tiendas y en las salas de espera, escuchábamos a nuestros padres –por lo menos cuando se ponían un poco serios–, teníamos nuestros ratos de juegos libres en silencio, nos entreteníamos con objetos sencillos y corrientes, no nos pasábamos todo el día buscando sensaciones nuevas y no recuerdo que ningún niño de mi clase estuviese medicado por hiperactividad, déficit de atención o trastorno de ansiedad.

«¡Quiero marcha!», grita Alex en la sala de espera del pediatra, tirando las revistas por el suelo mientras salta de una silla a otra. Su madre corre al mostrador para pedir que cambien el canal de la televisión que está colgada en la pared de la sala de espera. Ya se ve que a Alex, de cinco años, *La Abeja Maya* no le emociona. Cambian los dibujos animados por unos «muy, pero muy animados», japoneses con las caras tétricas y en los que se ve a los protagonistas golpearse. «Pero no pasa nada –piensa su madre–, solo son dibujos...» Alex se relaja, hipnotizado por la pantalla.

El desesperado «¡motívame, por favor!» de Elisa y el frenético «¡quiero marcha!» de Alex resuenan en los oídos de to-

dos los padres y educadores como un grito de protesta de la naturaleza ante algo que se le ha impuesto en contra de lo que necesita. Es que la naturaleza nunca perdona... Pero ¿qué les hemos impuesto a estos niños en contra de su naturaleza? Para responder a la pregunta, tendríamos que preguntarnos también: ¿cómo es la naturaleza de un niño?, ¿cómo aprende?, ¿cuál es su motor?, ¿cómo se motiva?, ¿qué necesita?

«Todas las personas grandes han sido niños antes. Pero pocas lo recuerdan», decía el principito. Intentémoslo. Demos marcha atrás un momento. Marcha atrás en la vida de Elisa, la estudiante que pide educadamente, pero con desesperación, a su profesora de bachillerato que esta la motive «por favor». Marcha atrás en la vida de Alex, un niño que se aburre con el silencio y el ritmo de Maya, de Willy y de Flip. Esta alumna de dieciséis años y este niño de cinco... ambos fueron alguna vez bebés de seis meses, niños pequeños de uno, de dos años de edad. ¿Acaso Elisa pidió a su madre que la motivara «por favor» para aprender a hablar, a gatear hacia los enchufes, para ponerse de pie y tirar del mantel, para jugar, para dar sus primeros pasos? ¿Acaso Alex necesitaba algo más que el ruido del viento en la hierba, el descubrimiento de su propia sombra, algo más que un sencillo cuento de su madre para asombrarse?

Los niños pequeños no necesitan que les motivemos a priori. Veamos. El día de Reyes, ¿con qué juegan más nuestros hijos desde los seis a los veinticuatro meses? Gatean, arrastrando el lazo del paquete y jugando con ilusión con el papel de embalaje. El juguete se queda atrás. Corren detrás del globo que habíamos puesto en el manillar de la bi-